opusdei.org

«Los hombres no permanecen unidos si no practican el arte del perdón»

El pecado de la ira fue el protagonista de la catequesis de esta semana del Papa Francisco. Recordó que todos necesitamos perdonar y que nos perdonen, y que hay una indignación buena por la justicia que se distingue de la ira.

31/01/2024

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En las últimas semanas hemos estado tratando el tema de los vicios y las virtudes, y hoy nos detenemos a reflexionar sobre el vicio de la ira. Es un vicio particularmente oscuro, y quizá el más fácil de detectar desde el punto de vista físico. La persona dominada por la ira apenas puede disimular este ímpetu: se reconoce por los movimientos de su cuerpo, su agresividad, su respiración agitada, su mirada adusta y ceñuda.

En su manifestación más aguda, la cólera es un vicio que no deja tregua. Si surge de una injusticia sufrida (o considerada como tal), a menudo no se desata contra el culpable, sino contra el primer ofensor. Hay hombres que contienen su ira en el trabajo, mostrándose tranquilos y compasivos, pero una vez en casa se vuelven insoportables para sus

esposas e hijos. La ira es un vicio omnipresente: es capaz de quitarnos el sueño y de hacernos maquinar continuamente en nuestras mentes, incapaces de encontrar una barrera para razonar y pensar.

La ira es un vicio destructivo en las relaciones humanas. Expresa la incapacidad de aceptar la diversidad del otro, sobre todo cuando sus opciones vitales divergen de las nuestras. No se detiene en el comportamiento incorrecto de una persona, sino que lo echa todo por tierra: es el otro, el otro tal como es, el otro como tal el que provoca la ira y el resentimiento. Uno empieza a detestar el tono de su voz, los gestos banales de cada día, sus formas de razonar y de sentir.

Cuando la relación alcanza este nivel de degeneración, se ha perdido la lucidez. La ira hace perder la lucidez. Porque una de las características de

la ira es, a veces, que no se mitiga con el tiempo. En esos casos, incluso la distancia y el silencio, en lugar de calmar el peso de la incomprensión, lo magnifican.

Por eso, el Apóstol Pablo -como hemos oído- recomienda a sus cristianos que aborden el problema de inmediato e intenten la reconciliación: "Que no se ponga el sol sobre vuestro enojo" (Ef 4,26). Es importante que todo se disuelva inmediatamente, antes de que se ponga el sol. Si durante el día surge algún malentendido, y dos personas dejan de entenderse, percibiéndose de repente muy distanciadas, no hay que entregar la noche al diablo.

El vicio nos mantendría despiertos en la oscuridad, rumiando nuestras razones y errores inexplicables que nunca son nuestros y siempre del otro. Es así: cuando una persona está dominada por la ira, siempre dice

que el problema es del otro; nunca es capaz de reconocer sus propias faltas, sus propios fallos.

En el "Padre nuestro", Jesús nos hace rezar por nuestras relaciones humanas, que son un campo de minas: un plano que nunca se equilibra perfectamente. En la vida tenemos que lidiar con deudores que nos son morosos; del mismo modo que, ciertamente, no siempre hemos amado a todos en su justa medida.

A algunos no les hemos devuelto el amor que les corresponde. Todos somos pecadores, todos, y todos tenemos cuentas en números rojos: ¡no lo olvides! Así que todos tenemos que aprender a perdonar para ser perdonados. Los hombres no permanecen unidos si no practican también el arte del perdón, en la medida en que esto sea humanamente posible. Lo que contrarresta la ira es la benevolencia,

la apertura de corazón, la mansedumbre, la paciencia.

Contenido relacionado: "Novena de san Josemaría para aprender a perdonar"

Pero sobre la ira hay que decir una última cosa. Es un vicio terrible, se dijo, está en el origen de las guerras y de la violencia. El proemio de la Ilíada describe "la cólera de Aquiles", que será causa de "luto infinito". Pero no todo lo que nace de la ira es malo. Los antiguos eran muy conscientes de que hay una parte irascible en nosotros que no puede ni debe negarse. Las pasiones son hasta cierto punto inconscientes: suceden, son experiencias de la vida.

No somos responsables de la ira en su surgimiento, sino siempre en su desarrollo. Y a veces es bueno que la ira se desahogue de la manera adecuada. Si una persona no se enfada nunca, si no se indigna ante la injusticia, si no siente algo que le estremece las entrañas ante la opresión de los débiles, entonces significaría que esa persona no es humana, y mucho menos cristiana.

Existe una santa indignación, que no es ira, sino un movimiento interior, una santa indignación. Jesús la experimentó varias veces en su vida *(cf. Mc 3,5)*: nunca respondió al mal con el mal, pero en su alma experimentó este sentimiento y, en el caso de los mercaderes del Templo, realizó una acción fuerte y profética, dictada no por la ira, sino por el celo por la casa del Señor (cf. Mt 21,12-13). Hay que distinguir bien: una cosa es el celo, la santa

indignación, y otra la ira, que es el mal.

A nosotros nos toca, con la ayuda del Espíritu Santo, encontrar la justa medida de las pasiones, educarlas bien, para que se vuelvan al bien y no al mal. Gracias.

Libreria Editrice Vaticana / Rome Reports

pdf | Documento generado automáticamente desde https://opusdei.org/es-co/article/vicios-virtudes-6/ (12/12/2025)